

del Buen Pastor, el cariño del Padre universal, la mansedumbre del Príncipe de paz, la benignidad del Rey del siglo futuro, Aquél, sólo de vida cristiana y devota da reglas; éste enseña en uno las obligaciones de la civil; aquél dedicó sus escritos al Monarca; éste nunca mentó á los Reyes en los suyos, que para censurarlos ó reprenderlos no fuese. Ambos se granjean el respeto de los lectores, pero mezclado con cierto involuntario temor el primero, con cariñoso afecto el segundo. En suma: la meditación de los libros de ambos, y su continua lectura, son acaso el estudio más provechoso para los que quisieren escribir dignamente en el idioma castellano. » No merecen especial atención los rápidos, aunque muy calurosos elogios que Marchena consagra á las obras poéticas de Fr. Luis.

Mas de propósito escribieron acerca de ellas Quintana y Martínez de la Rosa, el uno dejándose llevar de ciertas preocupaciones nacidas de su temperamento literario y de las doctrinas pseudoclásicas en que estaba imbuído; el otro con timidez de preceptista minucioso, cohibido por la sujeción á las nimiedades retóricas, aunque dotado de habilidad, despejo y buen gusto.

Reconoce Quintana que *Luis de León*, como suele llamarle, *dió á nuestra poesía un carácter desconocido hasta él, y que, lleno de Horacio á quien constantemente estudiaba, tomó de él la marcha, el entusiasmo y el fuego de la oda, y en una dicción natural y sin aparato supo manifestar elevación, fuerza y majestad*; pero el cantor de Padilla no acierta á ver en el de *La vida del campo* las soberanas cualidades que más le distinguen, y llega á decir de éste que *desmaya no pocas veces por falta de número y plenitud, y que nadie tiene menos poesía cuando el calor le abandona*, con otras restricciones injustas

fundadas en la equivocadísima persuasión de que la sublimidad y el genio lírico no pueden existir sin el énfasis declamatorio, sin la pompa fascinadora y las tempestades de palabras. Cabalmente, el vicio mayor de que adolecen las poesías de Quintana y lo que más ha contribuído á mermar extraordinariamente la boga que en algún tiempo lograron, es el estar recargadas de eso que él echaba de menos en las del Maestro León.

Martínez de la Rosa, en las *Anotaciones* de su *Poética*, hace notar cuánto descolló Fr. Luis en el arte de expresar las ideas más grandes con la más pura sencillez, y con qué admirable maestría imitó á los modelos bíblicos y á Horacio; pondera en un detenido análisis la perfección que resplandece en *La profecía del Tajo* y se entusiasma ante el arranque inicial de la oda á la *Asunción*. Menos exclusivista que Quintana, emplea, sin embargo, una crítica deficiente y de pobres alcances.

Los historiadores extranjeros de nuestra literatura, aunque dominados algunos por la pasión antirreligiosa, indicaron en las obras de Fr. Luis nuevos y luminosos puntos de vista, tejiendo á su autor espléndida corona de alabanzas. En sentir de Bouterwek (1), ningún poeta español ha conseguido expresar tan felizmente los profundos afectos del corazón, y el mismo Horacio le es inferior en ese género natural de poesía que rebosa de un alma pura y elevada á las más sublimes regiones del idealismo moral y religioso. Puisbusque dice por su parte (2) que el gran Maestro, *que había leído tantos libros, se consagró á traducir el más grande y el más misterioso de*

(1) *History of Spanish Literature, translated from the original german by Thomasina Ros, págs. 170-71 London, 1847.*

(2) *Histoire comparée des Littératures espagnole et française, I, 155 y 158. Paris, 1843.*

*todos, el espíritu humano; que supo ser «grande sin énfasis, y natural sin bajeza,» y que, al escuchar las armonías de la Vida del cielo, «es imposible resistir á aquel concierto místico en que la inteligencia y el corazón quedan igualmente extasiados,» De Ticknor (1) son las palabras que siguen: «A pesar de su facilidad y primor en la versificación, escribió muy poco: sus poesías originales ocupan solamente unas cien páginas; verdades que apenas hay una línea que no sea de mucho valor y que el conjunto de ellas puede colocarse sin reparo á la cabeza de la poesía lírica española... Fr. Luis de León tenía el alma enteramente hebrea... pero no por eso deja de ser nacional y patriótico; casi todas sus composiciones están escritas en el antiguo metro castellano (2), con una pureza clásica, con un vigor y exactitud desconocidos antes en la poesía española, y al que pocas veces ha llegado después» (3).*

En la era tumultuosa del romanticismo no pudo ser comprendida ni apreciada la serena inspiración de Fray Luis por los secuaces de Byron y Víctor Hugo, pero se conservó religiosamente la veneración á aquella gloria nacional, se hicieron popularísimos algunos rasgos de su vida y carácter, especialmente el *Decíamos ayer*, y

(1) *Historia de la Literatura española*, traducida por Gayangos y Ved. a. II, 182.

(2) Afirmación vaga é inexacta.

(3) También Alejandro de Humboldt (*Cosmos*, II, 70-71, Madrid, 1852) hace mención honrosa del entusiasmo poético por la naturaleza que brilla en los poemas religiosos y melancólicos de Fr. Luis de León. Roussetot entiende que debe ser colocado entre los grandes líricos, no sólo de su patria, sino del mundo. (*Les Mystiques espagnols*, página 214), y según Eduardo Laboulaye, cuya frase he citado antes de ahora, es el más eminente entre todos los de la Europa moderna.

se llevó su figura al teatro, como para aplacar los odios salvajes de que recientemente habían sido víctimas las comunidades religiosas (1).

Entre los panegiristas que después tuvo Fr. Luis de León, descuellan, por su autoridad y prestigio, D. Manuel Milá y Fontanals, que le otorgaba sin vacilaciones el principado entre todos nuestros líricos (2) y hacía que sus alumnos aprendiesen la oda á Salinas como dechado y cifra de altísima enseñanza estética; D. José Coll y Vehí, que combatió amplia y razonadamente el mezquino fallo de Quintana acerca del gran Maestro (3); D. Juan Valera, que ha sabido estudiarle á la luz del verdadero clasicismo y como profundo conocedor de la literatura mística española (4), y D. Marcelino Menéndez y Pelayo, que habla de él en numerosos y brillantes pasajes, que tienen á veces el calor y la entonación de verdaderos himnos.

He aquí un fragmento del discurso de recepción leído por el Sr. Menéndez en la Academia Española:

(1) Me refiero al drama de D. José de Castro y Orozco, marqués de Gerona, que con el título de *Fr. Luis de León, ó el siglo y el claustro*, se estrenó en Madrid en 1837. El argumento es de todo punto ficticio y ofrece escaso interés; el protagonista está presentado como generoso amante á quien las contrariedades con que lucha su noble pasión, conducen al tranquilo refugio de un convento.

(2) *Obras completas*, I, 203 y 295. Barcelona, 1888. En el tomo IV (págs. 21-31) hay un estudio publicado por Milá en su juventud (1842) acerca de Fr. Luis de León.

(3) *Las poesías del maestro Fr. Luis de León y el juicio crítico* (sic) de D. Manuel José Quintana. Artículo inserto en la *Revista de Cataluña*, tomo I, num. 5, págs. 229-253 Barcelona, 1862.

(4) Véanse especialmente sus discursos académicos de contestación á Núñez de Arce y á Menéndez y Pelayo.

«¿Quién me dará palabras para ensalzar ahora, como yo quisiera, á Fr. Luis de León? Si yo os dijese que fuera de las canciones de San Juan de la Cruz, que no parecen ya de hombre, sino de ángel, no hay lírico castellano que compita con él, aún me parecería haberos dicho poco. Porque, desde el Renacimiento acá, á lo menos entre las gentes latinas, nadie se le ha acercado en sobriedad y pureza; nadie en el arte de las transiciones y de las grandes líneas, y en la rapidez lírica; nadie ha volado tan alto ni infundido como él en las formas clásicas el espíritu moderno. El mármol del Pentélico, labrado por sus manos, se convierte en estatua cristiana, y sobre un cúmulo de reminiscencias de griegos, latinos é italianos, de Horacio, de Píndaro y del Petrarca, de Virgilio y del himno de Aristóteles á Hermias, corre juvenil aliento de vida que lo transfigura y lo remeza todo. Así, con piedras de las canteras del Atica labró Andrés Chenier sus elegías y sus idilios, jactándose de haber hecho, sobre pensamientos nuevos, versos de hermosura antigua; pero bien sabéis que el procedimiento tenía fecha... Y aunque descubramos la fuente de cada uno de los versos de Fr. Luis de León..., siempre nos quedará una esencia purísima, que se escapa del análisis; y es que el poeta ha vuelto á sentir y á vivir todo lo que imita de sus modelos, y con sentirlo lo hace propio, y lo anima con rasgos suyos; y así, en la tempestad, pone *el carro de Dios, ligero y reluciente*, y en la *vida retirada* nos hace penetrar en la granja de su convento, orillas del Tormes, en vez de llevarnos, como Horacio, á la alquería de Pulla ó de Sabinia, donde la testada esposa enciende la leña para el cazador fatigado. ¡Poesía legítima y sincera, aunque se haya despertado por inspiración refleja al contacto de las páginas de otro

libro!... Es una mansa dulzura que penetra y embarga el alma sin excitar los nervios, y la temple y serena, y le abre con una sola palabra los horizontes de lo infinito.»

(Respecto de la prosa de Fr. Luis, singularmente la de los *Nombres de Cristo*, leemos en la *Historia de las ideas estéticas en España* (1): «No hay ningún tratado especial sobre la belleza en los *Nombres de Cristo*, pero puede decirse que la estética está infundida y derramada de un modo latente por las venas de la obra, y no sólo en el estilo, que es, á mi entender, de calidad superior al de cualquier otro libro castellano, sino en el temple armónico de las ideas y en el misterioso y sereno fulgor del pensamiento, que presenta á veces el más acabado modelo de belleza intelectual; y en el plácido señorío con que en las páginas de este escritor singular «la razón se levanta y recobra su derecho y su fuerza, y concibe pensamientos altos y dignos de sí,» al mismo paso que «los deseos y las afecciones turbadas que confusamente movían ruido en nuestros pechos, se van quietando poco á poco, y como adormeciéndose, se reposan, tomando cada cosa su asiento, y reduciéndose á su lugar propio.» No hay autor clásico nuestro que produzca este género de impresión; Fr. Luis de Granada nos arrebató en el torrente desencadenado de su elocuencia, que arrastra á veces (con paz sea dicho, y sólo bajo la relación de arte), algo de fango mezclado con el oro; Malón de Chaide nos deslumbra á fuerza de color; Santa Teresa nos enamora con su profunda sencillez y su gracia femenil; Fr. Juan de los Angeles con su íntima dulzura; á San Juan de la Cruz apenas pueden seguirle más que las águilas de la contemplación. Todos

(1) Tomo II, cap. VII.

son admirables y distintos; pero esa virtud de sosiego, de orden, de medida, de paz, de número y ritmo, que los antiguos llamaban *sophrosyne* (palabra hermosísima é intraducible, como toda palabra preñada de ideas), ¿dónde la encontraremos sino en Fr. Luis de León, cuya prosa en loor de la paz parece el comentario de su oda á la música del ciego Salinas?»

Pero la gloria de Fr. Luis no está sólo consagrada por los magníficos loores de la opinión inteligente, sino por ese otro sufragio más general, más público y solemne que, si carece de valor y autoridad cuando lo inspiran el servilismo y la abyecta lisonja, ó los miserables intereses de bandería, es testimonio elocuente de la cultura de un pueblo cuando emana del verdadero entusiasmo colectivo, y se dirige á enaltecer, como en este caso, los triunfos de la virtud austera, del saber fecundo y del genio creador, no contaminado por satánicas rebeldías.

Salamanca, la Atenas española, que vió desfilar por sus aulas á tantos hijos ilustres, parece haber dado entre todos la preferencia al gran maestro, cuyo nombre, ya inscrito en los monumentos, ya asociado á hermosas y verídicas tradiciones locales, es el que con más insistencia surge ante la vista y resuena en los oídos de cuantos visitan aquella ciudad, donde el polvo de las ruinas está sembrado de laureles.

Los restos mortales de Fr. Luis de León, sepultados entre los escombros del convento de San Agustín, cuando lo destruyeron las tropas francesas (1812), fueron descubiertos el 18 de Marzo de 1856 (1), gracias á las

(1) Estaban encerrados en una caja, que sin duda se empleó para conducirlos desde Madrigal á Salamanca, inmediatamente después de la muerte de Fr. Luis, mientras que los demás religiosos eran enterrados sin ataúd.

excavaciones que mandó practicar la Comisión provincial de monumentos. Depositados en el Colegio de la Magdalena y después en el Gobierno de Provincia, fueron trasladados con inusitada pompa á la Catedral, y desde aquí á la capilla de la Universidad en la tarde del 28 del mismo mes.

En 1858 se abrió una suscripción nacional autorizada de Real orden, para costear el monumento que había de erigirse al egregio poeta. Entre los proyectos presentados al concurso, cuya convocatoria se publicó en 1866, obtuvo la preferencia el de D. Nicasio Sevilla, y el día 25 de Abril de 1869 se inauguró solemnemente la estatua de Fr. Luis de León, emplazada en el *Patio de Escuelas*. Tal vez el monumento ganaría en majestad, con tener alguna mayor elevación y estando colocado en un lugar más espacioso; pero así ofrece un aspecto de simpática familiaridad, y evoca y simboliza mejor los grandes recuerdos históricos de la Universidad salmantina.

En la misma fecha que la inauguración de la estatua se verificó la de un rico sarcófago de mármol en la capilla de aquel establecimiento, con esta inscripción:

P  
X  
FR. LUYSII. LEGIONENSIS.  
RELIQUIIS.  
HUC. DEMUM. TRANSLATIS,  
RITE. SERVANDIS.  
TANTI. FILII. MEMOR.  
IN. PROSP. MODESTI. ET. ADVERS. AEQUI.  
ACADEMIA. MATER.  
HOCCE. MONIMENTUM.  
POSUIT.  
VII. KAL. MAII. AN. M. D. CCCLXIX.

También perpetúan la memoria de Fr. Luis de León en Salamanca la plazuela que lleva su nombre, próxima al derruido convento de San Agustín; la cátedra donde explicó, que se conserva con piadoso respeto y no se utiliza para la enseñanza, y la quinta denominada *La Flecha*, que en otro lugar describiremos. El último centenario de la muerte del maestro León (23 de Agosto de 1891) fué conmemorado con brillantes solemnidades religiosas y literarias, aunque el éxito del certamen que se celebró con este motivo no correspondiese á los desvelos y á las esperanzas de sus organizadores (1).

Y aquí termina la reseña que parecía justo dedicar á la *fama póstuma* del gran poeta, y que pudiera servir á un tiempo de epílogo á su biografía y de introducción al estudio de sus obras.

(1) Véase *La Ciudad de Dios*, vol. XXVI, páginas 85-95.

## ÍNDICE

	Pág.
I.—INTRODUCCIÓN.....	1
II.—Patria y nacimiento de Fr. Luis.—Su familia.— Primeros estudios.—Profesión religiosa.....	18
III.—Carrera universitaria.....	35
IV.—Un discurso memorable.—Grados académicos.— Oposiciones á cátedras.....	51
V.—Lecturas teológicas.—Exposición del <i>Cantar de los Cantares</i> .—Amigos y adversarios de Fray Luis.—Pormenores biográficos.....	66
VI.—Doctrinas del Maestro León sobre el texto origi- nal y las versiones de la Escritura.—Los teólo- gos de Salamanca y la Biblia de Vatablo.....	89
VII.—Los <i>Comentarios á Isaías</i> , de León de Castro.— Viajes de Fr. Luis.—Preliminares de su proceso.	105
VIII.—La Inquisición española en el siglo XVI.—Fray Luis en la cárcel.....	117
IX.—Primeras audiencias.—Acusación fiscal.—Res- puestas del acusado.....	134
X.—La causa en plenario.—Publicación de testigos..	145
XI.—Nuevas alegaciones de Fr. Luis.—Patronos y ca- lificadores.....	170
XII.—Consuelos de la piedad y de las letras.—La sen- tencia y su ejecución.—Crítica general del pro- ceso.....	192